

7300

JOSE LASSO DE LA VEGA GARCIA

La molinera del Tormes

COMEDIA

en un acto, en prosa y verso, original



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, núm. 24

1918

23

LA MOLINERA DEL TORMES

a D. Jorge de Gamiz y Buzcui
Recuerdo de el autor

Villanueva 1/12/1/919

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, o se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles*, son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

— — —
Droits de representation de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suede, la Norvege et la Hollande.

— — —
Queda hecho el depósito que marca la ley.

LA MOLINERA DEL TORMES

COMEDIA

en un acto, en prosa y verso

ORIGINAL DE

JOSE LASSO DE LA VEGA GARCIA

Estrenada en el TEATRO PORTELA de Sevilla, el 2 de se-
tiembre de 1904



MADRID

R. Velasco, Impresor, Marqués de Santa Ana 11, dup.º

TELÉFONO, M 551

1918

A mis hijos..

A vosotros, que solo por ser mío, encontráis bueno lo que tan poco vale, os dedica esta obrita,

Vuestro padre.

REPARTO

PERSONAJES

ACTORES

MARGARITA.....	SETA. GIMÉNEZ.
TÍO PERICO.....	SE. CALDERÓN.
RICARDO.....	FERRER.
MARIANO.....	MOBILLO.
HOMBRE 1.º.....	PÉREZ.
IDEM 2.º.....	GONZÁLEZ.

Hombres del pueblo

La acción en un pueblo de la provincia de Salamanca


Derecha e izquierda, las del espectador

Margarita, preciosa joven de unos 20 años; viste de luto, como una muchacha de mediana posición de una capital, pues ha vivido hasta hace poco en Salamanca.

Ricardo, como un estudiante rico.

Mariano, con pantalón de pana y blusa larga.

El *Tío Perico* y demás hombres con calzón corto, como se usa en la provincia, teniendo en cuenta que están de fiesta.



ACTO UNICO

Escena dividida. La izquierda del espectador representa un pequeño corral, con tapia baja al fondo, cuya salida se supone primer término. La derecha, el interior de un molino en el río Tormes. En la pared divisoria, primer término, puerta de dos hojas; una sobre otra, que da paso al corral; en segundo, chimenea de campana. En la pared del foro, en el centro y a poca altura del suelo, una ventana pequeña, sin reja. En el ángulo izquierdo, un banco de madera; en el derecho, una panera. Costales llenos, en pie contra la pared, ocupando todo el espacio entre el banco y la panera. Una escopeta colgada en la pared encima del banco. Derecha dos puertas. Un candil colgado de la campana de la chimenea. Objetos propios del oficio.

ESCENA PRIMERA

MARGARITA, sentada junto al fuego cosiendo. TIO FERICO, sentado a la puerta por la parte del corral, jugando a las cartas con varios HOMBRES. MARIANO, en el interior, picando una piedra. Ruido de las piedras moliendo. Al oscurecer

PER. ¡Truco!

HOM. 1.º ¡Quiero!

PER. ¡Tres más!

HOM. 1.º ¡Nueve!

MAR. (Cantando con voz muy desentonada y picando con fuerza.)

Qué maldita piedra
y qué dura está.
En cuanto me enfade
la voy a rajar.

(Sigue picando con más fuerza, mientras su tío le llama.)

La voy a rajar,
la voy a rajar.

PER. ¡Mariano!... ¡Mariano!...

MAR. La voy a rajar.

PER. (A voces.) ¡¡Mariano!!

(Mariano deja de picar y escucha.)

PER. (idem.) ¡¡Mariano!!

MAR. ¿Es a mi?

PER. A ti, sí. A ti te voy a rajar yo. Trae la jarra.

(Mariano se levanta y toma una jarra grande mientras canturrea. Perico y los demás siguen el juego.)

MAR. En la huerta del medio
sembré garbanzos,

y...

(Bebe y le paladea.)

y...

(Vuelve a beber.)

me parece que el vino
ya está picado.

(Da la jarra al tío Perico que bebe y la da a otro, hasta que beben todos y vuelve a Mariano. Dirigiéndose a los jugadores.)

¿Cómo anda eso?

HOM. 2.º Estamos al ver.

MAR. Me parece que lo que usted va a ver es la cuenta del vino, que va a tener que pagar.

HOM. 2.º Yo creo que sí, porque tu tío está hoy de malas.

HOM. 1.º Perdió usted, tío Perico.

PER. (Levantándose. Los demás le imitan.) Es natural; de todos modos había de pagar.

HOM. 2.º Como que es el mayordomo más rumboso que ha habido en el pueblo.

PER. No tanto, no tanto. Si no que quería mucho a mi difunta hermana (q. s. g. g.). Ella lo era y yo he querido honrarla de este modo.

HOM. 1.º Pues ya se lo agradecerá, ya. Porque lo que se está usted gastando... ¡Reconchi! Si solo los cohetes valen un dineral.

PER. ¡Pchs! O hacer las cosas bien o no hacerlas. He traído los mejores que encontré en la villa. Que eso y mucho más se merecen ella y el Santo Patrón de nuestro pueblo.

(Oyese el lejano repique de una campana y el ruido de varios cohetes.)

UNO Ya están tocando a vísperas.

- OTRO ¡Mira, mira cómo suben! ¡Vaya un cañonazo! ¡Purrrum! ¡¡Purrrum!!
- HOM. 1.^o ¡Viva el mayordomo!
- TODOS ¡Vival...
- PER. ¡Eh! Dejaos de vivas y vámonos; que el señor Cura se impacienta pronto y no está bien que le hagamos esperar. Conque andando. Yo voy a hacer unos encargos a Mariano y os alcanzo en seguida. (Entra en el molino.)
- HOM. 1.^o Adiós, Mariano.
- MAR. Adiós, y guardadme algo.
- UNO Descuida.
- OTRO Y si se le olvida a él, aquí estoy yo.
- MAR. ¿Y si se te olvida a ti?
- OTRO Ahí está él. (Vanse.)

ESCENA II

TIO PERICO, MARIANO y MARGARITA. El tío Perico saliendo al corral con una manta al hombro y una gruesa cayada, que ha cogido de detrás de la puerta

- PER. ¿Tú sabes bien lo que tienes que hacer?
- MAR. ¿Yo? Cerrar la puerta y a dormir.
- PER. Y tener mucho ojo y mucho pesqui.
- MAR. ¡Mucho ojo y mucho pesquil... ¿Y eso para qué?
- PER. El ojo para ver si viene el médico. Y el pesqui para no dejarle que se vaya sin una pierrezna rota.
- MAR. ¡Sapel! Me llevarían a la cárcel.
- PER. Y yo te romperé una costilla si no haces lo que te digo. Como él se huela que salgo, aquí le tienes esta noche. Que no la vea si quiera.
- MAR. ¿Pero por qué, tío? Déjelos usted que se quieran.
- PER. Porque es un canalla. Y ella no necesita dinero, sino una persona honrada que sepa quererla como se merece. ¡No faltaba más!... Tanto como me encargó tu pobre madre que mirara por ella.
- MAR. Pero, ¿y si no es verdad lo que le han dicho?
- PER. Cuando el río suena... Ya sabes. Si la ve, tú lo vas a pagar. No hay más que decir.
- MAR. Bueno, bueno; descuide usted.
- PER. Para ya y a dormir. Hasta mañana.

MAR. ¡Vaya usted con Dios!
(Vase el tío Perico. Mariano, canturreando la siguiente copla, entra en el molino, se dirige a la primera puerta de la derecha, por donde desaparece un momento, y cesa el ruido de las piedras. Entre tanto Margarita enciende el candil que cuelga de la chimenea y sigue cosiendo. Mariano, sin dejar de cantar, va entrando en el molino la mesa y asientos que estaban en el corral, repitiendo la copla cuantas veces sea preciso, hasta que concluya.)

ESCENA III

MARIANO y MARGARITA

MAR. Cuando vas a la fuente,
niña, por agua,
el arroyo de en medio
corre *pa* arriba
y hasta los angelitos
bailan de gusto.

También va a bailar mi hermana si hago lo que quiere mi tío. No, y que no tengo más remedio. Me da la paliza. ¡Ya lo creo!... No, y que me la da. Me la da porque ese viene esta noche, y yo... (Entra y cierra la puerta. A su hermana.) ¿Tú tendrás sueño, verdad?

MARG. Yo no.

MAR. (Aparte.) ¡Malo! Esta se lo ha olido.) Pues es preciso que te vayas a la camita y te tapes bien la cabeza con la sabanita.

MARG. ¿Por qué?

MAR. Nada. Por si acaso... que no oigas los palos.

MARG. ¡Los palos! (Levantándose.)

MAR. No te hagas la desentendida. Tú tienes de tonta lo que yo de rico, y gano doscientos reales al año, una fanega de garbanzos y dos camisas. Tú sabes que en cuanto Ricardo se entere que tío ha salido, le tienes aquí. Y... ¡nada! En cuanto venga va a perder para siempre la cabeza, las costillas o algo más.

MARG. No vendrá. Pero si viniera tú no harías eso.

MAR. Entonces el que perdía todas esas cosas era tu hermanito. Ya sabes cómo las gasta tío. Y aunque no creo que sea tan malo como dicen...

MARG. ¿Qué dicen? ¿Qué dicen?

- MAR. ¡Qué se yo cuántas cosas! Que es borracho, gastador, amigo del juego, pendenciero... Y hasta dicen si ha *matao* o no ha *matao* a tres o cuatro difuntos.
- MARG. ¡Ave María Purísima!
- MAR. Y después de matarlos hace perrerías con ellos.
- MARG. Eso es que está estudiando medicina, hombre. Pero, ¿quién dice esas cosas?
- MAR. La tía Pelona lo estuvo contando aquí el otro día. Pero yo creo que todo es mentira, porque también dijo que le gustaban mucho las hijas de Eva y eso es una calumnia. Ni aquí ni en su pueblo hay ninguna que se llame Eva. Conque ya ves tú.
- MARG. Todo eso son embustes que le dicen a tío.
- MAR. Sí será. Porque yo oigo a los mozos que es muy rumboso y que ha jurado que se casará contigo, aunque tío no quiera.
- MARG. Dios lo haga.
- MAR. Bueno, que lo haga. Pero lo que has de hacer tú ahora es acostarte, para que, si acaso, tío no haga otra cosa peor.
- MARG. Anda tú, que yo no tardaré.
- MAR. En cuanto te descuides un poco vuelvo a buscarte. (Vase primer término derecha.)

ESCENA IV

MARGARITA

Vete a descansar
y déjame a mí
desahogue mi pecho afligido
a solas aquí.
Sin padre, ni madre,
hacienda ni hogar.
¿No tendrá más consuelo mi alma
que siempre llorar?
Si mi amor supiera
que se fué mi tío,
ya lo creo que a verme viniera
el encanto mío.
Pero si lo ignora
¿cómo ha de venir?
Mi solaz, como siempre, esta noche
no es más que sufrir.

Madre de mi alma,
pues triste te imploro,
desde él cielo, do moras dichosa,
enjuga mi lloro.

(Oyese dentro la voz de Ricardo cantando. Al oírle Margarita movimientos naturales de sorpresa y alegría, abriendo la ventana para verle por ella. La voz se oye al foro.)

VOZ

(Cantando)

Hay en la orilla del Tormes
un molino encantador,
y en él una molinera
que tiene mi corazón.

MARG.

(Volviendo de la ventana al centro de la escena.)

Ya está el dueño de mi vida
consolando mi quebranto;
ya está enjugando mi llanto.
No estoy triste ni afligida.

Pues junto a él
¡qué he de sentir!
¡No hay padecer,
ya no hay sufrir!
¡Ay, madre mía,
gracias te doy,
porque a Ricardo
voy a ver hoy!

VOZ

(Dentro. Cantando en la parte donde se supone la entrada del corral. Margarita escucha junto a la puerta.)

Ya estoy cerca de mi amada,
que sin duda no me espera,
ya voy a verme en los ojos
de mi linda molinera.

(Ricardo entra en escena cantando los últimos versos, a tiempo que Margarita abre la hoja superior de la puerta, quedando la inferior cerrada.)

ESCENA V

RICARDO y MARGARITA

RIC.

¡Margarita mía!,
al verte me enajena la alegría.

MARG.

¡Ricardo! Quién pensara
que esta noche a mi lado te mirara.

RIC.

Siempre con ansia loca
tu nombre está en mi mente y en mi boca.

- MARG. Siempre en ti estoy pensando.
Te tengo en la memoria hasta soñando.
- RIC. ¿De veras, Margarita?
Déjame que acaricie esta manita.
(Tomándole entre las suyas una mano.)
- MARG. (Haciendo pequeños esfuerzos por retirarla.)
Quita, quita, tunante.
Un descuido aprovechas al instante.
- RIC. Y bendigo el descuido
que a ser mi prisionera la ha traído.
(Le da un beso en la mano.)
- MARG. (Haciendo mayores esfuerzos por desasirse.)
Ricardo, no seas loco.
Calma, caballero. Poco a poco.
- RIC. Si verte, vida mía,
y no volverme loco, no podría.
- MARG. Eso me gusta mucho.
Pero... suelta la mano. (Se suelta.)
Eres muy ducho.
- RIC. Si eres tú, Margarita,
el alivio que tiene mi penita.
- MARG. Tú eres el de mi pena.
Llorando estaba, y ya me ves serena.
- RIC. Enjuga, pues, tu lloro, vida mía;
y los pocos momentos que a tu lado
estar puedo, no nublen nuestra dicha,
tristeza, pesadumbre, ni cuidados.
Anima tu semblante, sean tus ojos
cual luceros de un cielo puro y diáfano,
que ahuyenten las tinieblas que en mi pecho
el dolor de tu ausencia había sembrado;
véalos lucir alegres y serenos
sobre el color de tu semblante casto,
cual contemplo los rayos de la luna
en el fondo del Tormes retratados.
- MARG. Tus palabras al fondo de mi alma
directamente y sin parar llegaron.
No estoy triste, al contrario. ¿Cómo puedo
no alegrarme, mirándote a mi lado?
Pero dime, Ricardo, ¿cómo ha sido
que, cuando te creía tan lejano,
te encuentro aquí recreándote en mis ojos
y oigo dulces palabras de tus labios?
- RIC. He venido a la fiesta ayer mañana.
No por la fiesta, no. Porque pensando
en tu cariño, supe que tu tío
el primer mayordomo era este año.
Supuse con razón que hoy a las vísperas

habría de asistir. Disimulando
salí del pueblo cuando oscurecía;
y al llegar ahí, al próximo cercado,
la comitiva vi y en ella iba.

MARG.

¿Le conociste?

RIC.

Sí. Temí un fracaso.

Escondime, pasó, seguí adelante;
llegué, canté, y el eco aún resonando
abriste la ventana; me aproximó,
te vi, tu acento escucho; veo tu llanto,
y por el hueco que en tus ojos deja
en el cielo me meto sin reparo.

MARG.

Y una vez en el cielo ya te olvidas
que sorprendernos puede por acaso.

RIC.

Pues qué, ¿vuelve esta noche?

MARG.

Que nó dijo;

pero ya no se fía mi cuidado.

RIC.

Deséchale, que aunque volver pretenda
para poderlo hacer pasará rato.

Pero dime, Margarita,
¿por qué me impide tu tío
hablarte? ¿Por qué, amor mío,
con mi presencia se irrita?

Tú conoces el motivo
de su disgusto hacia mí
y callas; cuando sin ti
no como, duermo, ni vivo.

MARG.

No, Ricardo. Yo no sé,
Quizá tus calaveradas...

RIC.

Desde hoy están terminadas,
te lo juro por mi fe.

Además, yo no comprendo
si en verdad soy calavera;
es cierto que si hay quimera
en ella me encuentro yo.

Pero, ¿qué quieres? ¿Un joven
ha de llevar una vida
siempre triste y aburrida?...

¿Es eso lo justo?... No.

Las diversiones me gustan;
¿que allí se arman las quimeras?...

¡Claro! Si de calaveras
se compone la reunión...

Mas te juro, Margarita,
que si por eso tu tío
impide que al dueño mío
adore mi corazón...

verás. De aquí en adelante

a las ocho me recojo;
y aunque esto me cause enojo
créeme, voy a ser constante.

Voy a ayunar muchos días;
a darme disciplinazos,
y una tanda de porrazos...
más que un santo. No te rías,
mira que yo no me río
y que muy formal te hablo;
rezar mucho, porque el diablo
se lleve pronto a tu tío.

Y en vela voy a pasar
las noches de cabo a rabo;
en fin, que tu tío al cabo
sobrino me ha de llamar;
pues si no encuentro ocasión
de que se le lleve el diablo,
te juro, y no en balde hablo,
que me ha de pedir perdón.

MARG.

Te diviertes de mi cuita.

RIC.

No me vuelvo a divertir
mientras no vaya a pedir
me case con Margarita.

MARG.

Tú estás loco.

RIC

Es el primer
milagro que obrar pretendo.

¡Ya verás si yo lo entiendo!

MARG.

¿Y luego qué vas a hacer?

RIC.

¿Luego?... Pues una visita
al cura. Amonestación.

A misa. La bendición
y... ya soy de Margarita.

MARG.

(Sobresaltada)

¡Oye, escucha!

RIC.

¿Qué sucede?

MARG.

¿Oyes ruido de pisadas?

RIC.

(Escuchando.)

Sí que escucho. ¡Malhadadas
sean!

MARG.

¡Cállate! Que puede
ser mi tío. (Se asoma a la ventana.)

RIC.

¡Santo Dios!

Que si acaso llega a ser
y nos puede sorprender
nos desuella aquí a los dos.

MARG.

(Volviendo azorada.)

¡El es!

RIC.

¡Ah! ¡Suerte maldita!

MARG. ¡Ya no puedes escapar!
RIC. Y aquí no me voy a estar.
¿A dónde voy, Margarita?
MARG. (Abriendo la puerta e indicándole la panera.)
Entra. En aquella panera
ocúltate pronto.
RIC. Sí.
Pero, ¿qué tienes allí?
¿Es alguna ratonera?
MARG. Trigo.
RIC. Yo seré el ratón.
(Ocultándose en la panera; mientras Margarita cierra
la puerta, se sienta junto al fuego y coge la costura.)
Sólo me falta que venga
el gato, y... Dios me sostenga
con su santa protección.

ESCENA VI

DICHOS y TIO PERICO. Entra por la izquierda. Mira por las tapias a uno y otro lado y llama

PER. ¡Mariano! ¡Mariano!
MARG. Voy, tío. (Abre. Tío Perico entra, y Margarita vuelve a cerrar y se sienta. Tío Perico suelta la manta y la cayada.)
PER. (A Margarita) ¡Tan tarde cosiendolo!
MARG. No tengo sueño y quería concluir esto. ¿Pero no decía usted que iba a dormir en el pueblo?
PER. (Pensativo. Hablando consigo mismo.) Ese demonio tuerce mis intentos. Pero esta (Por la cabeza.) me corto si la ve siquiera.
MARG. ¿Qué dice usted, tío?
PER. (Sin hacerle caso.) Cuando entré en el pueblo me dijeron que había salido en esta dirección, ya tarde. No he podido asistir a las vísperas con devoción, y en cuanto se concluyeron me he venido. Porque ¡de seguro! Ese viene esta noche a aprovechar la ocasión.
MARG. (¡Dios mío, que no le vea!) Usted sueña, tío.
PER. Anda. Vete a acostar.
MARG. Déjeme usted terminar...
PER. Mañana tienes tiempo.
MARG. Si no tengo sueño.
PER. ¡Que te acuestes! Y oigas lo que oigas no

salgas. (Faseando.) ¡Ya te daré yo! ¡Pues no faltaba más!

MARG.

(Que ha recogido la costura, dirigiéndose hacia la segunda puerta derecha.) Buenas noches.

(Durante el monólogo y la escena siguientes, se ve a Margarita en la puerta segunda derecha, hablando por señas con Ricardo, procurando ambos no ser vistos por el Tío Perico.)

PER.

Vamos a ver, Perico. O somos o no somos. El sabe, porque no me cabe duda de ello, que yo estoy en el pueblo, y ha dicho: La ocasión pintiparada. Pero no ha contado con la huéspedada, es decir, con el tío Perico, que huele desde muy largo. Ahora vendrá tan confiado: llama, le abro, le doy una paliza mayúscula, y... buenas noches. Pero... (Pensativo.) ¿y si el demonio la enreda y me la da él a mí? Porque he oído que tiene buenos puños... Llamaré a Mariano por si acaso. (Primera derecha, llamando) ¡Mariano, Mariano! (Coge la cayada.)

ESCENA VII

TIO PERICO, MARIANO, que sale restregándose los ojos. Ricardo-escondido, Margarita en la puerta

MAR.

¿Pero qué demonchi le pasa, que después de volver a estas horas no se acuesta? ¿Es que va usted a pasar la noche en vela?

PER.

(Faseando impaciente.) Y tú también.

MAR.

Por mí lo siento.

PER.

Alguno quizá lo sienta más.

MAR.

Bueno. (Bostezando y desmerezándose.) Pues como no se explique usted...

PER.

Esta noche va a venir.

MAR.

¡La crecida! Sacaremos los muebles a la calle.

PER.

¡Qué crecida ni qué niño muerto! Ese diablo.

MAR.

¡Huy! ¿El diablo? Haremos una cruz muy grande ahí en la puerta y rezaremos el rosario. ¿Y qué busca ese señor por el molino?

PER.

¡Te estás burlando! El novio de Margarita, hombre.

MAR.

¡Ah, ya! Qué ha de venir, tío. (Aparte.) Si ya está aquí.

PER.

Que le han visto por este camino al oscurecer.

- MAR. El pescuezo me corto yo si viene. Iría de caza.
- PER. De noche no se cazan más que cierta clase de piezas.
- MAR. ¡Justo! Las liebres al anochecer. Pero, bueno: que haya ido de caza o no, ¿qué tiene que ver para que no pueda yo cazar otra vez el sueño tan rico que tenía? ¿O es que vamos a guisar alguna pieza?
- PER. El cazador.
- MAR. ¡Cáscaras! Falta que se deje.
- PER. Ayudándome tú...
- MAR. ¿Y a qué le voy a ayudar?
- PER. A darle una paliza.
- MAR. ¡Ay, pobre médico! Pero, ¿dónde está? (Cogiendo un palo de un rincón.) Verá usted con qué habilidad...
- PER. El vendrá a buscarla.
- MAR. ¿Tan tonto es?
- PER. Tú no tienes que hacer más que estar al cuidado. Yo le abriré.
- MAR. ¿La puerta?
- PER. La puerta primero. Después la cabeza.
- MAR. ¿Y se dejará?
- PER. ¡No se ha de dejar, hombre! Dos contra uno... Aunque para él me basto yo solo. Y tú no tienes que meterte en nada más que cuando yo te lo diga, si es que me hace falta.
- MAR. ¡Ya! Usted quiere que entre los dos le hagamos una operación en la cabeza como la que ellos hacen para las *utosias*, ¿no?
- PER. Quiero abrírsele para meterle dentro de la mollera la idea de que no piense más en tu hermana.
- MAR. ¿Y por qué ha de ser eso? Yo no creo que sea tan malo como usted supone.
- PER. Mira. ¡Cállate si no quieres que te haga lo que le voy a hacer a él! Es un vicioso.
- MAR. Pero si usted no le conoce ni de vista. ¿Cómo va usted a saber si es verdad o no lo que le dicen? Mire usted, tío, que la gente es muy mala. Además, él se enmendará cuando se case.
- PER. Mejor lo hará metiéndole la razón (Por la cabeza que tiene.) por la cabeza.
- MAR. Se me ocurre una idea para cazarle mejor.
- PER. A ver.
- MAR. Que se salga usted a lo largo de la pared del

PER. cercado y aceche. Cuando venga, usted le sigue sin que le vea. Yo le abro la puerta y ¡cataplúm!, le hacemos la operación.
No me parece mal. Pero no llegará aquí como yo me le encuentre. (Vase izquierda y sale del corral. Margarita sale segunda derecha y haciendo señas a Ricardo para que espere, se dirige precipitadamente a Mariano.)

ESCENA VIII

MARIANO, MARGARITA, RICARDO

MARG. ¡Mariano, por favor!
MAR. Calla, tonta. Si ya sé lo que quieres. Que escape.
MARG. ¿Le has visto?
MAR. Está allí. (Señalando la panera.)
RIC. (saliendo del escondite.) Mariano. ¿Sabes lo que haría si te viera en mi caso?
MAR. (Haciendo señas para que hablen en voz baja.) Lo que voy a hacer yo. Que huyas de mi tío.
RIC. Gracias.
MAR. Vete con cuidado. Sales por la izquierda y en vez de tomar el camino del pueblo vas al contrario. Oculto por la tapia puedes escapar sin que te vea.
RIC. Gracias, Mariano. Cuenta con mi eterna gratitud. Adiós, Margarita.
MAR. Espera. Saldré delante por si acaso. (Sale y mira por la tapia.)
MARG. ¡Ay, qué susto!
RIC. No temas ya. Gracias a tu hermano...
MAR. (Entrando precipitadamente.) ¡Que vuelvel
RIC. ¿Otra vez?
MAR. Escóndete, que llega.
(Ricardo vuelve a la panera. El Tío Perico entra en el corral y en seguida en el molino, cerrando la puerta.)

ESCENA IX

MARGARITA, TIO PERICO, MARIANO, RICARDO, escondido

MAR. ¿Le ha visto usted?
PER. Me parece mejor esperarle aquí por si rodea y no le veo llegar.

MAR. Lo mejor sería acostarnos. Porque ya hubiera venido de tener esas intenciones. Es muy tarde.

PER. Tal vez espere que se ponga la luna. (Reparando en Margarita.) Pero tú, ¿qué haces aquí?

MARG. Ya que no me dejan dormir, coseré.

PER. Bueno. Así verás cómo recibo a los huéspedes que no me agradan. (Deja la cayada y se sienta al fuego, de espaldas a la panera. Margarita en el banco y toma la costura. Mariano, canturreando, separa de la pared los costales, empezando por la panera, y habla con Ricardo como trazando un plan. Pausa. A Mariano.) ¿Qué haces tú?

MAR. Voy a mirar estos costales. Que vi un ratón esta tarde aquí en el granero, no vaya a comerse el trigo.

PER. Pon el cepo:

MAR. Eso voy a hacer. Para que escape.

PER. ¿Cómo?

MAR. Bueno. Para cogerle.

PER. (A Margarita, que no deja de mirar adonde está Mariano.) ¿Pero tú estás cosiendo o estás cazando también el ratón?

MARG. (Gurbada.) Estoy ca... cosiendo.

(Pausa. Mariano hace señas bien comprensibles a Ricardo para que salga de la panera, y oculto tras de los costales, llegue a la ventana y salga por ella. El Tío Perico, viendo que Margarita no deja de mirar hacia atrás, vuelve la cabeza, movido por la curiosidad, al mismo tiempo que hace la pregunta. Margarita, temiendo que vea a Ricardo, que se dispone a salir de la panera, grita. Ricardo se esconde y Tío Perico vuelve a mirar a su sobrina, haciéndole la segunda pregunta.)

¿Pero qué diablos miras?

PER. ¡¡Ay!!

MARG. ¿Qué te pasa?

PER. Que... me piqué.

MARG. Por curiosa. (Mira hacia atrás y viendo a Mariano entretenido con los costales, torna a su posición primera. Ricardo salta de la panera y por detrás de los costales, ocultándole Mariano, llega a la ventana. Al intentar salir por ella se levanta el Tío Perico. Margarita vuelve a gritar. Perico pregunta y Ricardo se esconde tras de los costales, poniéndose delante Mariano.)

PER. ¡¡Ay!! ¡¡Ay!!

MARG. ¿Otra vez?

PER. Sí. Otra.

- PER. Por curiosa. (Se asoma a la ventana.) Ya va a ponerse la luna. (A Mariano, dirigiéndose a los costales, tras de los que se oculta Ricardo.) ¿Han mordido alguno?
- MAR. (Deteniéndole y señalándole otros.) Sí. De estos. Mire usted.
- PER. ¡Diablo de ratones! (Se sienta pensativo, Mariano acaba de separar los costales que hay desde la ventana hasta el banco.)
- MAR. ¿Sabe usted, tío, que me atrevería a apostar una oreja a que no viene esta noche?
- PER. Tú qué sabes. En cuanto acabe de ponerse la luna ya verás. Bueno será perniquebrarle, por si acaso. (Se levanta, toma la escopeta y se dirige a la ventana. Ricardo asoma tras de los costales, junto al banco, y hace señas a Margarita para que abra la puerta. Margarita abre, y al observarlo tío Perico, pregunta:) ¿Qué haces tú?
- MARG. Voy... por leña. No se apague la lumbre.
- PER. (A Mariano.) Mira. Desde aquí observas. Cuando le veas me avisas. (Vuelve a sentarse al fuego. Ricardo vuelve a la ventana y pretende salir por ella. El tío Perico se levanta y va allí otra vez.) ¡POCO sabe quién es el tío Perico!
- (Mariano hace señas a Ricardo, que ha vuelto junto al banco para que salga por la puerta, mientras él procura llamar la atención de su tío. Entra Margarita con leña, quedándose indecisa en la puerta.)
- MAR. (señalando por la ventana hacia fuera.) ¡Mire usted, mire usted! Yo creo que viene por allí, ¿No ve usted un bulto? ¡Mire usted!
- PER. (A Margarita, sin dejar de mirarla hasta que cierra.) ¡Cierra pronto, que hace frío! (A Mariano.) A ver. ¿Dónde está?
- MAR. No, no. Es una piedra.
- PER. (Cerrando la ventana y echando el cerrojo.) Pues a la lumbre esperaremos. (Se sienta.) Que a mí se me ha puesto entre ceja y ceja que esta noche viene o ha venido. Pero quizá se haya apercebido de que estoy aquí.
- MAR. Pues ya lo creo. Le vería a usted cuando salió la otra vez. ¡Toma, toma! Pues ya podemos esperarle. Vámonos a acostar.
- PER. Yo no me acuesto sin verle.
- (Pausa. Mariano habla con Ricardo.)
- MAR. (A su tío.) Otra idea tengo. Voy a salir yo con la escopeta, no esté por ahí escondido.
- PER. Haz lo que quieras.

MAR. (Toma la escopeta. Habla con Margarita y sale por la izquierda canturreando.)
Cuando vendas a verme
ponte en lo oscuro
pa que piense mi padre
que eres el mulo.

ESCENA X

MARGARITA, TÍO PERICO y RICARDO, escondido

PER. Tú tienes la culpa de todo.
MARG. Tío, yo...
PER. Tú. Que si le hubieras escarmentado no volvería.
MARG. Pero, tío. Si yo...
PER. Sí, tú... sí, tú... Tú, tú tienes la culpa.
MAR. (Dentro, gritando.) ¡Tío, tío, venga usted!
PER. (Levantándose y saliendo al corral.) Ves como yo decía... (Dirigiendo la voz hacia la derecha, donde se oye la voz de Mariano.) ¿Qué hay?
MAR. (Dentro.) ¡Que está aquí! ¡Que se escapa! Venga usted!
PER. Si, sí. Echale un galgo. Déjale. A enemigo que huye puente de plata.
(Ricardo ha salido del escondite y del molino, y procura escapar por detrás del tío Perico, que está apoyado contra la tapia, de espaldas al público. Cuando ya va a salir de la escena, tío Perico, que ha sentido ruido, vuelve la cara diciendo:)
PER. ¿Quién va?
(Ricardo, al verse descubierto, vuelve, de modo que cuando el tío Perico le ve, viene ya hacia él. Muy rápido.)
RIC. No hay que asustarse, buen hombre. Buenas noches.
PER. ¿Qué busca por aquí?
RIC. El camino del pueblo. Vengo de la próxima ermita y me he perdido.
MAR. (Dentro, gritando.) ¡Venga usted, tío, que se va!
PER. Déjale ya.
RIC. ¿Quién se va?
PER. El diablo en forma humana.
RIC. Hombre. Pues sentiría encontrármelo por el camino.
PER. Pues yo siento no haberle podido dar las buenas noches. En fin, se fué. El camino

del pueblo es ese. Esto es mi molino, donde si usted quiere puede pasar el resto de la noche al amor de la lumbre, pues yo no he de dormir ya, y en cuanto llegue el día también tengo que ir al pueblo.

RIC. Agradezco en el alma su ofrecimiento y lo acepto.

PER. Pues entremos y pasaremos charlando el poco tiempo que falta para que amanezca. (Entran. Perico se sienta donde antes. Ricardo, en el banco. Margarita queda en pie, detrás de su tío, sorprendida.)

ESCENA ULTIMA

TODOS

MAR. (Hace gestos de extrañeza al entrar y ver allí a Ricardo, que le hace señas para que disimule.) ¡¡Uy!!... Como alma que lleva el diablo corría el camino adelante. Cualquiera le cogía.

RIC. Sin duda algún ratero.

PER. Más que eso. Un hombre con todos los vicios y sin una sola virtud, que pretende robarnos lo que algo vale en el molino.

RIC. Pues según los veo prevenidos, sin duda esperaban al ladrón.

MAR. ¡Y que si llego yo a pillarle!...

PER. Nos lo sospechábamos.

RIC. Y a fe, que algo hay aquí que se podría exponer cualquier cosa por robarlo. Lo digo por esta joven.

PER. Eso precisamente es lo que buscaba.

MAR. ¡Pero qué chasco se ha llevado! Aunque hemos trabajado bien. Sobre todo mi tío. Pero no ha podido ni verle las narices.

RIC. ¿Amores tenemos? Yo entiendo que para eso no sirven las armas. Porque todo consiste en la alhaja, no en el ladrón.

PER. Pues vea usted si ha servido esta noche.

MAR. ¡Vea usted, vea usted!

RIC. Tampoco pretendería robar. Buscaría, a lo más, un rato de conversación.

PER. Que es lo que hemos evitado.

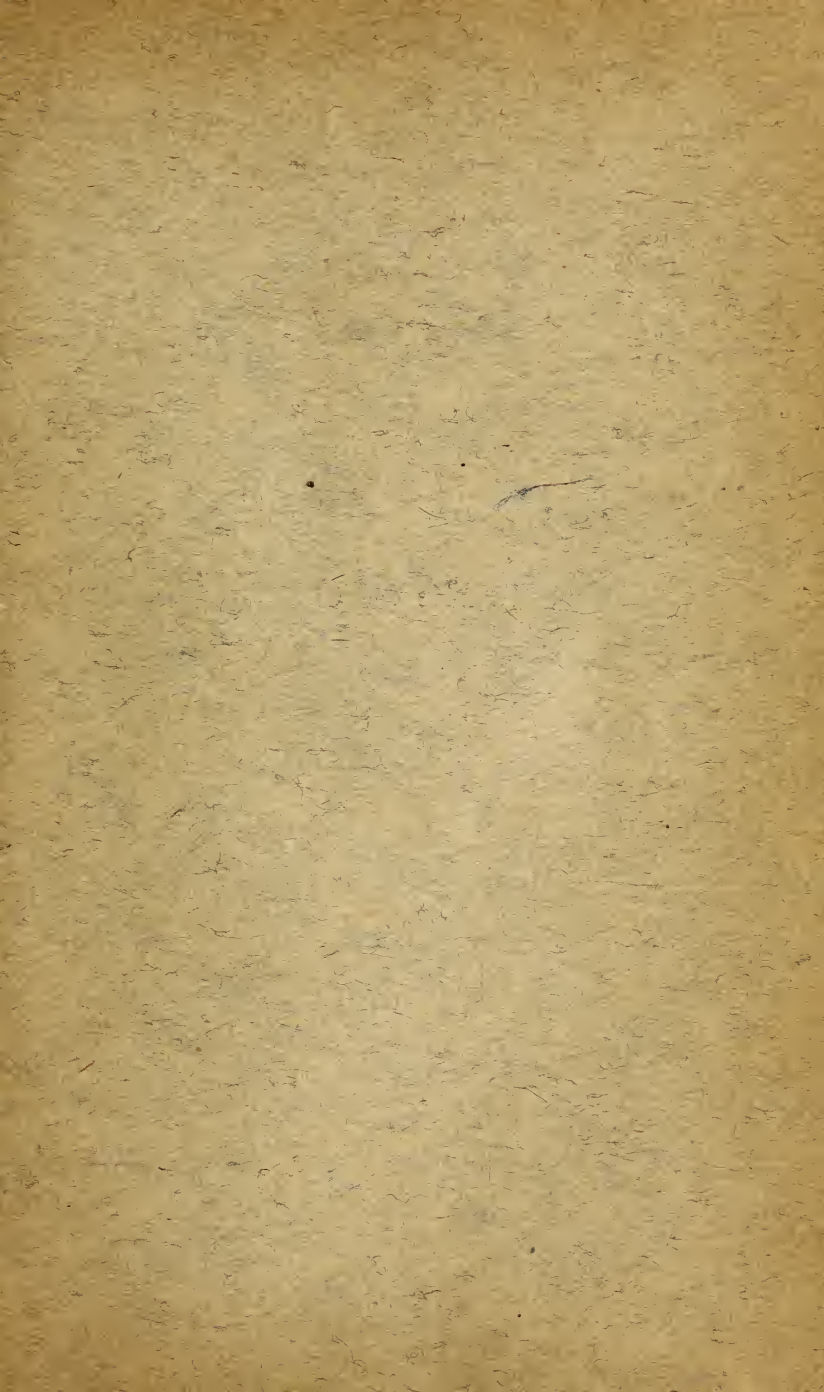
MAR. Eso. Que es lo que hemos evitado. ¡Las cosas que se hubieran dicho si no es por nosotros!

- RIC. Apuesto a que usted tiene malos antecedentes de él.
- PER. No pueden ser peores. Jugador, pendenciero, borracho, gastador, holgazán...
- MAR. (¡Atizal)
- RIC. Siempre se exagera algo. ¿No puede haber aquí también exageración?
- PER. No, señor.
- RIC. ¿Usted le conoce?
- PER. Ni quiero.
- RIC. ¿Entonces?...
- PER. Verá usted. Esta joven, que es mi sobrina, vivía en Salamanca. Hace unos meses tuvo la desgracia de perder a su madre, y no teniendo más familia me la he traído al lado de su hermano, a quien he criado desde niño. En la capital se enamoró de un estudiantillo, hijo del médico del pueblo inmediato. Mas como los informes que de su conducta tengo no pueden ser peores, por eso impido esas relaciones, aunque no conozco personalmente a ese mequetrefe.
- RIC. Si usted no lo tuviera a mal, yo me permitiría aconsejarle... Aunque quizá no me considere usted capaz para ello.
- PER. Puede usted hablar. Los años me han dado mucha experiencia. Y a quien hecho yo una vez el catalejo... (Llevándose el índice al ojo.) Y que no tengo yo ojo...
- MAR. (A Margarita.) (Me parece que ahora le ha caído tierra en él.)
- PER. Y aunque es usted joven me parece formal y me ha sido simpático.
- MAR. (A Margarita.) (Nada. Que le ha entrado por el ojo derecho.)
- RIC. Procure usted informarse bien. Si aunque sea calavera, lo que es propio de la juventud, tuviera buen fondo...
- PER. (Interrumpiéndole.) No, no, no.
- RIC. Vamos a ver. Usted me ha considerado a mí como una persona formal. ¿No?
- PER. Me lo parece.
- RIC. ¿Ve usted lo que son las cosas? Pues yo soy calavera, pendenciero, jugador... Todo lo que usted dice de ese otro.
- MAR. ¡Mire usted qué casualidad, hombre! No lo parece. ¿Verdad, tío?
- PER. No lo parece, no.

- RIC. Pues tengo todos esos vicios; es decir, los tenía, pues desde este momento renuncio a ellos y me voy a enmendar. Y ¿usted sabe quién es la causa de mi cambio?
- PER. Ni le entiendo tampoco.
- RIC. Pues usted.
- PER. Y ahora menos.
- RIC. Voy a enmendarme para que no me suceda lo que a ese. Porque ha de ~~saber usted~~ que yo estoy locamente enamorado de un linda joven... así... muy parecida a ésta.
- MAR. ¡Hombre, qué casualidad!
- RIC. Y tiene también un tío muy recto. Vamos, como usted.
- MAR. ¡Pero, Señor, qué cosas pasan en el mundo!
- RIC. Pues tampoco me conoce. Me cree todavía peor de lo que soy y no me permite que la vea.
- PER. Pero, hombre de Dios. Dése usted a conocer.
- RIC. ¡Ah! Es que si le dijera, yo soy... el hijo de mi padre, era capaz de matarme antes de oírme más. Pero bien poco le vale su empeño, porque con mucha frecuencia tenemos ratos de conversación, casi, casi delante de él.
- PER. ¿Sabe usted que me va interesando esa historia?
- RIC. ¡Oh! Pues si usted supiera lo me sucedió una noche... Un lance peregrino. Verá usted. Salió el tío, y en seguida llegó yo. Estoy un rato con mi Dulcinea y vuelve el tío. Me escondo yo. Vuelve a salir el tío. Salgo yo detrás. Me ve, pero como no me conocía... (Le ofrece un cigarrillo. Enciende él otro, que da al tío Perico para que encienda el suyo. Según lo va exigiendo la conversación.) Ahí tiene usted. Le doy un cigarro... por ejemplo.
- PER. (Tomándole.) Gracias. Pero ese tío sería tonto.
- MAR. Ya lo creo que tenía que serlo. En seguida se la iban a dar así a mi tío Perico, con el catalejo que tiene para conocer a las personas. Desde ahora aseguro que ese tío era tonto de remate. ¿A que tomó el cigarro como si tal cosa?
- RIC. ¡Ya lo creo! Y le encendió en mi mismo pitillo.
- MAR. ¿Ve usted? Nada. Tonto, tonto de remate.

- Si no se puede ser así, porque, a lo mejor, se la dan a uno con queso. Lo que yo le digo a mi tío...
- PER. (Interrumpiéndole.) Lo que tú me dices a mí no nos interesa ahora. Conque a callar.
- RIC. Pues no crea usted que paró ahí la cosa.
- PER. ¿Todavía más?
- RIC. Nos llevamos charlando amigablemente una buena parte de la noche, y el tío encantado.
- PER. (Haciendo rosca en la sien con el índice.) Le faltaría algún tornillo.
- MAR. Alguno no. Todos. Todos tenían que faltarle.
- PER. Hombre, se necesita ser muy bruto...
- RIC. ¡Cá, no señor! Es muy listo, pero ya se ve. Tan mal le habían hablado de mí, que no pudo figurarse que aquel libertino, aquel monstruo que él se había imaginado y yo fuéramos uno mismo. Por eso le he aconsejado que procure conocerle mejor. ¿Y si fuera un joven honrado?
- PER. Entonces no había nada de lo dicho. Que se casaran, y, en paz.
- RIC. Y diga usted, ¿qué tal le parezco yo para sobrino?
- PER. Hombre...
- RIC. Figúrese que fuera yo ese...
- PER. ¿Y cómo voy a suponerlo siendo tan distintos?
- RIC. ¿En que lo conoce usted?
- PER. En que al tío Perico no se le escapa lo que es una persona cuanto la ve. Usted, como joven, será algo calavera, pero no tiene mal fondo.
- MAR. Eso me parece a mí también. Es un buen chico, tío. ¿No lo ve usted?
- RIC. Bueno. Pues figúrese usted por un momento que ese libertino fuera yo. Yo mismo que tomo a su sobrina de la mano. (Ejecuta lo que dice.) y de rodillas los dos le decimos: Nos queremos. ¿Nos lo consiente usted? (El tío Perico queda atónito.)
- MAR. (Arrodillándose también.) *Confiteor Deo omnipotenti... mea culpa... mea culpa...*
- PER. Pero ¿qué es esto?
- RIC. (Se levantan.) Esto es que esta noche ha concluído aquí el calavera, el vicioso, que era yo, para ser en adelante como usted desea.

- PER. Pero, ¿es verdad?
- MARG. Sí, tío. Este es Ricardo.
- MAR. El mismo, el mismo, tío. Un buen chico.
- PER. Bueno, bueno. Pero... ¿cómo es esto? Iba huyendo, y ¿ahora?...
- MAR. Yo se lo explicaré todo. (Hace ademanes explicándole lo ocurrido.)
- RIC. ¡Ay, Margarita, qué alegría! Ya no tendré que hacer penitencia, sino quererte con locura.
- PER. Habrá que perdonarle el engaño. Y, aprovechando tu consejo, me informaré bien. Si tu conducta no ha sido tan mala...
- RIC. Poco a poco... He dicho que aquí acabó el calavera y empieza un hombre honrado. De lo que usted tiene que informarse es de si cumplo o no mi palabra. Que yo le aseguro que el amor de Margarita es bastante para hacérmela cumplir.
- PER. Si así lo haces, tuya será. Si no, no volverás a verla. Pues aunque esta noche me has engañado, no esperes que tantas más has de conseguirlo. Y apréndete de memoria esto que te voy a decir: Mientras viva el tío Perico, no será Margarita de ningún granuja.
- RIC. Puesto que la honradez del castellano sólo con la honradez vencer me es dable, yo juro conseguir pronto su mano haciéndome a sus ojos agradable. Mañana diré a todos muy ufano que terminó mi vida detestable y el amor de la linda molinera ha hecho un hombre de bien de un calavera.
- MARG. Y yo me considero muy honrada si consigo tu amor y una palmada.



Precio: UNA peseta.